

Perros en la casa

*Karla Aguilar Pérez**

No tengo ganas de ir a ningún lado, estos malditos dolores de cabeza me están matando. Odio los días así porque mi estado de ánimo se vuelve más vulnerable y peor aún es escuchar los gritos y lloriqueos de mis hermanos por toda la casa. Me tomo una aspirina para sentirme mejor y empezar con mi tarea de español, pero en realidad no quiero hacerla, prefiero prender el radio. La música de fondo hace más ligero mi dolor. Sin querer empiezo a marcar el ritmo con los pies al compás de “Te extraño” de Benny Ibarra, esto me hace sentir mejor porque me recuerda la vez que estaba bailando con Sergio en la fiesta de Ceci. Le subo un poco más a la música para olvidar mi pesar y dejar en libertad mis pensamientos, pero mi madre se empeña en que no sea así.

—¡Apaga esa música infernal, no te das cuentas de que tu hermana esta durmiendo!

—¡Sí, ya me di cuenta! De hecho ya me voy.

—Haz lo que quieras pero antes deja arreglado este chiquero. Mira cómo lo tienes, ¿no te da vergüenza? Tienes 17 años y te pareces a tu hermano que deja todo en el suelo. Ni la cama has tendido.

—Es que me dolía la cabeza y me acosté.

—Pretextos, ¡puros pretextos! Te pareces a tu padre.

Marco el teléfono de Ceci para decirle que voy a su casa. Agarro mi libro de Ciencias Sociales, mi libreta y un Bubu lubu que dejé en el congelador. Ni siquiera me despido de mi madre. No me gusta juzgarla y creo que nunca lo haré, pero no soporto que tenga tan poco criterio para decidir qué hacer con su vida. No entiendo cómo es que la religión te prohíbe usar anticonceptivos cuando tu situación económica no te permite sostener a más de cuatro miembros en la familia. Creo que por eso mi madre está tan amargada y frustrada, porque sabe que el ciclo lava-plancha—limpia nunca va a terminar. Mi madre no lo dice, pero sé que a ella

* Tercer lugar en la categoría de cuento Jorge Cuesta. Licenciatura en Lengua Inglesa; octavo semestre, región Xalapa.

le hubiera gustado ejercer su profesión de maestra en letras españolas. Para mí esa teoría de “aceptar los hijos que Dios te dé” es para personas con mentalidad mediocre. La religión a veces te manipula. Yo por eso no voy a la iglesia pero la Biblia me parece un buen libro, ya la he leído dos veces y creo que su contenido es muy profundo, tanto que a veces no lo entiendo. Prefiero la música y la sangre porque las dos me apasionan. Cuando termine la prepa quiero entrar a la facultad de medicina y después irme a Europa.

—¡Fernanda! Qué gusto verte, hija. Pasa, pasa, Ceci te está esperando en su cuarto.

—Gracias, señora. Con permiso.

—¿Qué onda? No me digas que otra vez te peleaste con tu mamá.

—Pues leve, ya sabes, lo mismo de siempre. Y tú, ¿qué onda?

—Compré el nuevo casete de Gloria Trevi, esta canción del doctor psiquiatra está buenísima, ¿quieres oírla?

—¿Qué opinas sobre la película que vimos ayer en la escuela?

—¿Cuál película?

—¿Cómo cuál? *Rojo amanecer*. La matanza del 68, Díaz Ordaz. ¿No te impresionó?

—Pues sí, algo, la política es un lado oscuro de la humanidad. Oye, Fernanda, cuéntame que pasó con Sergio, ¿se te declaró o no?

—Mmmmm, no exactamente. Sólo me dijo que le gustaba mucho pero que no era para mí porque él ya está maleado.

—¿Maleado?

—Sí, ya sabes, que ha gozado de todos los placeres carnales que este mundo puede ofrecer. Eso fue lo que me dijo.

El dolor de cabeza ya no está y la tarea de español quedó terminada, escribir un poema o una prosa poética con mis propias metáforas.

Yo soy una lanza en su mano. ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿A dónde iré para tener vida? Nada somos si el altísimo no estuviera a nuestro lado, nada somos porque somos polvo y nuestra vida como la neblina matutina. El hombre es una combinación de agua y tierra que lleva consigo la vida y la muerte. ¿Quién hará que el polvo sea inmortal? ¿Quién le dará al espíritu del hombre un soplo de vida? ¿Quién me dará la dicha de ver a mi creador?

La maestra de español lo calificó como altamente religioso y sin sentido, quizás porque es atea y no soporta que le hablen de Dios y mucho menos

en su trabajo. Yo lo único que quiero es salir de este maldito salón de clases para ver a Sergio. Quiero saber más acerca de su mundo, quiero hacer lo que me venga en gana, quiero irme de aquí, quiero conocer lo desconocido. ¡Basta, me largo de este lugar!

—¿Qué pasó, mi güera? Te andaba buscando. Hoy en la noche hay una disco en B42, ¿quieres venir conmigo? Va a ir la flota de siempre: Ceci, Arturo, Sandra, y los locos del “B”, ¿qué dices?

—Sale, Sergio. Te veo en la noche.

Llego a casa y encuentro a mi padre viendo las noticias de Lolita Ayala donde muestra a Ernesto Zedillo dando un informe económico ante la cámara de diputados. Después pasan una entrevista con el gobernador de Guanajuato, Vicente Fox, donde dice que quiere ser Presidente de México. ¡Ja! No creo que el partido de la oposición llegue a la presidencia algún día. Mi madre está en la cocina haciendo la cena y mis hermanos están jugando Mario Bros en el Nintendo que nuestro abuelo les regaló. Horas más tarde mi padre se marcha sin decir adónde, cosa que a mi madre no le agrada. Mi hermana Laura empieza a llorar porque Josué le arrebató sus colores, el lavabo de la cocina se tapó, el teléfono empieza a sonar, mi hermano menor se orina en el sillón preferido de mamá y yo empiezo a sentir dolor de cabeza otra vez. Subo las escaleras, me cambio de ropa y tomo un billete de veinte pesos de la bolsa de mi madre y me decido a partir para no regresar.

—¿Adónde vas?

—¡Eso no te interesa!

— No vas a ir a ningún lado, ¡te prohíbo que salgas!

— Tú no me puedes prohibir nada.

— Te advierto, Fernanda, que si sales por esa puerta no vas a volver a entrar.

— ¡Vaya! Hasta que escucho algo sensato el día de hoy.

El lugar está atiborrado de chavos, algunos son mayores que nosotros, como de veinte años o algo así. Pago mi entrada y veo a Ceci junto con Sergio sentados en una mesa del fondo. Hay un olor extraño en el lugar, pero no logro distinguir qué es, huele como a suciedad y vómito, no sé, es un olor muy raro. Sergio me saluda desde lejos, está algo tomado y fuma un cigarrillo.

—Güera, qué bueno que llegaste. Ven, vamos a bailar esta canción que me fascina.

Era una canción de una tipa que fue asesinada en el 95. Llegó a ser la reina del Tex-Mex y sus canciones prendían a la raza. A mí en lo particular me es indiferente, sobre todo esta canción que dice “como la flor se marchitó... me marchó hoy... Yo sé perder” y no se qué más, no soy buena para recordar canciones. Mientras regresamos a la mesa le platico a Sergio que ya no aguanto estar en casa, que la monotonía de la vida me da dolor de cabeza y que estoy harta de ser quien soy, que quiero experimentar algo más.

—Güera, ¿estas segura de lo que me estás diciendo?

—Sí, claro que sí.

—Escápate conmigo, yo tengo un cuate en el puerto de Veracruz que nos daría chance de quedarnos en su casa. ¿Qué dices?

Sin pensarlo dos veces acepté su proposición. Quedé con Sergio de vernos al día siguiente a las 9:30 am en CAXA. Pasé la noche en casa de Ceci. Muy temprano en la mañana regreso a casa para hacer mis maletas. Mis hermanos aún duermen. Pienso: “¡genial, voy a irme sin ser descubierta!” Cuando abro la puerta del cuarto encuentro a mi madre sentada en la cama.

—Hija, perdóname, no fue mi intención gritarte así... Hija, ¿qué haces?

Sin mirarla siquiera a los ojos bajé mi maleta del closet y empecé a empacar mi ropa.

—Hija, contéstame... ¡Fernanda, te estoy hablando!

—There is something rotten in the state of Denmark.

—¿Qué dijiste, Fernanda?

—¡Nada, mamá! ¿Qué no ves? Me voy de la casa.

—Estás loca, no tienes dinero ¿Adónde vas?

—Bye, mamá

—¿Así que te vas?... Pues entonces, ¡vete a la chingada! Porque ni creas que te voy ayudar cuando tengas un problema.

El clima está nublado y es muy probable que haya norte en el puerto. Son las 9:15 am y Sergio ya me espera en la terminal. Lo abrazo y le digo que lo quiero, a veces digo cosas aunque no las sienta. Durante las dos horas de viaje sólo platicamos de futbol, rock y cosas demasiado triviales. Me di cuenta de que Sergio no tenía aspiraciones, ni sueños, ni metas, ni nada. En cambio yo tenía un propósito pero no sabía cómo llegar a él. Quería tener un encuentro con el conocimiento de las cosas más profundas de la vida, quería conocer a Dios, quería entender por qué el hombre tiene que

pasar por crisis de identidad, quería vivir de adentro hacia afuera, quería saber cuál era la razón de mis dolores de cabeza, quería dejar de ver el rostro de frustración de mi madre, quería hablar con mi padre, quería que el bien o que el mal vencieran en mí como le sucedió al Dr. Jekyll, quería vivir o morir, hacer el bien o hacer el mal. Lo único que no quiero es vivir con estos dos perros dentro de mí, que destrozan mi alma y me dejan sin aliento. ¡Por Dios! ¿Qué me está pasando? Este dolor de cabeza me está matando. Me siento muy mal.

—¿Dónde estoy?

—Fernanda, tuviste un accidente en Santa fe. El camión en el que viajabas se estrelló con un trailer de TAMSA justo antes de llegar a Veracruz. Trasladaron a la mayoría de los heridos a esta clínica del ISSSTE.

—¿Y Sergio?

—Sergio falleció hace poco. Tuvo un derrame de sangre muy fuerte y no pudieron hacer nada para salvarlo. Es un milagro que tú estés aquí.

No sé como se enteró mi madre del accidente, quizás los médicos vieron mi identificación y la llamaron inmediatamente. Este cuarto huele a formol y no puedo levantarme porque tengo la pierna enyesada. Ahora, sólo pienso. Recuerdo aquel poema para la clase de español: Está mi alma hastiada de mi vida; daré libre curso a mi queja, hablaré con amargura de mi alma. Aborrecí la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa; por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?, nada somos porque somos polvo y nuestra vida neblina pasajera que en un momento sale y desaparece. Creo que nadie valora la vida hasta que está cerca de la muerte. Mi experiencia se asemeja mucho con la de Jaromir Hladik, la gota que corre por mi mejilla se ha detenido y el milagro secreto de Dios me permite terminar mi obra, *entre la vida y la muerte*.

El doctor me ha dicho que no camine por lo menos en un mes. Regreso a casa apoyada en unas muletas. El rostro de mi madre luce cansado, mis hermanos se alegran de verme y gritan por todas partes, mi padre aún no llega del trabajo. Prendo el televisor y me entero del escándalo más grande del año, han matado a Paco Stanley, el famosísimo comediante, en “El charco de las ranas” de la ciudad de México. La prensa dice que fue un “ajuste de cuentas” porque se cree que Paco tenía nexos con el güero Palma. Metieron a la cárcel a su compañero de trabajo más allegado, Mario Besares, junto con una edecán de nombre Paola. La gente llora y pide justicia. Sin embargo, a mí este dolor de cabeza no me deja en

paz. Subo a mi cuarto y abro las cortinas para que entre un poco de luz en el lugar, para que entre un poco de luz en mi alma. No sé hasta cuándo voy a dejar de padecer estos dolores de cabeza, creo que es una enfermedad. Quizás cuando crezca ya no los tenga. Lo que sí sé es que los perros de mi interior se han calmado. Ojalá que uno de los dos haya muerto, porque ellos me han causado este dolor.

Ahora que lo reflexiono, creo que no puede existir la vida si primero no hay muerte. Recuerdo con mucha rapidez aquel escrito para la clase de español en donde mi protagonista, yo misma quizás, sufría una gran desesperación.

Aquella mañana del seis de abril Matías se levantó con un pesar muy grande en su corazón. Sentía como si todas las nubes grises del mundo se hubieran reunido con el propósito de dictar sentencia sobre su cabeza, como si todas las piedras hubieran marchado un largo camino para al fin descansar en los bolsillos de su pantalón (como a menudo me sucedía al ver el rostro de frustración de mi madre). Qué pesadumbre era aquella, qué tristeza más grande, qué desgracia más cruel le había ocurrido. El día anterior Matías recibió una carta donde le informaban de la necesidad urgente de buscar otro donador de riñón para su padre ya que de no encontrarlo la consecuencia sería fatal (yo anhelaba tanto un donador de corazón). Matías sólo meditaba en su corazón (como usualmente lo hago yo), acerca de la vida y la razón por la cual cada hombre está en este mundo. —No puede haber vida si primero no hay muerte— reflexionó Matías. Si la semilla que es plantada en la tierra no muriera, jamás podría dar fruto alguno. Si el animal del campo no permitiera que su cuerpo sea alimento para otros, cómo existirían aquellos que viven (si el hombre material, racional y carnal que hay en mí no muere, jamás podré ver nacer al hombre sensible, noble y espiritual). Pero, ¿acaso habrá algún hombre que dé su vida por otro hombre? ¿Habrá alguno que esté dispuesto a morir para que otro viva? Aquella mañana del seis de abril las horas corrían un lento camino y el aire tibio de la mañana incitaba a Matías a inquirir. Los sonidos interiores eran más fuertes que los externos y se hacían cada vez más dolorosos y pesados como la falta de libertad (como cuando me encontraba con Sergio). Entonces, en aquel momento tomó precipitadamente un cuchillo, un papel, un lápiz y la confusión de su alma, con el propósito de dar fin a su tristeza (como yo quería morir en el accidente). Sin embargo, Matías era un hombre sensible que amaba la vida, que amaba a Dios, que amaba a su padre y lo único que pudo hacer fue caer de rodillas y llorar. Ese llanto tenía un

sabor amargo y era muy profundo (el llanto de la soledad), la pregunta en su mente no lo abandonaba: ¿acaso habrá algún hombre que dé su vida por otro hombre? Hasta ahora han llamado tres personas para ofrecer un riñón (los amigos efímeros que tuve y el abandono de ese hombre que es mi padre hablaban de ayudarme y nadie hizo nada) pero absolutamente ninguno de ellos ha vuelto a llamar o a dar sus datos personales, quizá la desgracia se está burlando de él de una manera cruel, quizá la perseverancia lo está probando, mientras que Matías, en espera de otra oportunidad, todos los días prepara el equipaje (para partir a ese lugar utópico que hay en mi mente) y se hace la misma pregunta: ¿acaso habrá algún hombre que dé su vida por otro hombre?

La verdad es que no sé por qué escribo cosas de este tipo, sólo sé que no sé nada. Es tan fácil engañar a los hombres. ¡Ja! Cuando lees un libro no sabes si lo que estás leyendo es la mentira más grande del mundo, como usualmente sucede con los libros de historia, o la verdad más profunda de un ser humano.

Me recuesto en mi cama, cierro los ojos y un calor que no había sentido antes recorre mi cuerpo. Se siente muy extraño porque es un calor que proviene desde adentro. Siento cómo este fuego en el corazón se expande hacia todos lados. Entonces viene a mi mente aquella cita que leí alguna vez: ...porque el señor tu Dios es fuego consumidor... es muy extraño esto que me está pasando. Me quedo en silencio por un momento y obligo a mis pensamientos a callar, mientras el aire tibio que entra al cuarto a través de mi ventana me envuelve y susurra palabras en un lenguaje que desconozco, un lenguaje celestial. Así en silencio siento una paz indescriptible. Ahora entiendo, hoy me encontré con Dios y no lo sabía. Los dolores de cabeza tan intensos no eran más que la culminación de los gritos desesperados de mi pobre corazón. Hoy me di cuenta que al fin el hombre interior en mí ha nacido. Ahora me siento mejor porque sé que el perro más débil ha muerto. De la misma forma que la luz de la aurora va en aumento hasta que el día es perfecto, así mis pensamientos se esclarecen y mis enemigos internos menguan. Ahora que mi dolor de cabeza se va desvaneciendo me siento mucho mejor, me siento al fin liberada.

